Famiped. Volumen 2. Nº 2 Junio 2009.
Revista electrónica de información para padres de la Asociación Española de Pediatría de Atención Primaria (AEPap)

Educar no es un camino de rosas

Autora:
Ana Hernández Sesa. Profesora de instituto y madre.

Palabras clave: educación, escuela, familia, valores

La crisis de valores, normas y referentes sociales positivos, es un hecho irrefutable y de palpable actualidad tanto en el ámbito escolar de la enseñanza primaria y de la secundaria, como desde el punto de vista social en general. Para tratar de entender un poco mejor esta cuestión analizaremos el papel que desempeñan los principales actores que intervienen en el proceso formativo de la persona, es decir, la familia, la escuela y la sociedad, así como las dificultades con que nos encontramos desde el punto de vista del educador-profesor en relación también con nuestra tarea como padres de niños y adolescentes de la sociedad del siglo XXI.

Tradicionalmente la tarea del docente ha sido transmitir conocimientos a los alumnos; el profesor era alguien sabio, erudito en su materia, cuya función en el ámbito escolar era acercar esa sabiduría, esos conocimientos, esos conceptos, al alumnado que tenía delante, el cual estaba en ese entorno con la motivación de salir adelante, saber más para ser alguien, prosperar, en definitiva, en la vida. Pero hoy las cosas han cambiado. Los roles ya no son los tradicionales y hay que ser consciente de ello si se quiere llevar a cabo con éxito la tarea como educadores-profesores y/o como padres. Hoy el profesor no es tan sólo un transmisor de conocimientos. Se entiende que el docente ha de *enseñar a vivir*, y no sólo eso sino, sobre todo, *enseñar a convivir.* A la escuela se viene hoy a aprender, entre otras cosas, a *ser persona y relacionarse.* Y es en este cambio de la finalidad fundamental de la escuela donde entra a formar parte de la reflexión la familia, pieza clave de todo este entramado.

Volviendo la vista atrás en el tiempo, nos damos cuenta de que la familia era el ámbito donde las personas se desarrollaban como tales y aprendían las herramientas básicas para la compleja andadura de las relaciones personales que se desplegarían más tarde, en la edad adulta. Además, los niños de antaño pasaban más tiempo en la calle, jugando, sin vigilancia adulta, sobreviviendo en entornos a veces hostiles. Ese enfrentamiento directo del niño o del adolescente con la calle y sus riesgos lo iba dotando de un conocimiento del mundo que le sería muy útil más adelante. Y todo eso era así porque, a pesar del peligro de la calle, ese mundo exterior, esa sociedad de hace unos veinte o treinta años no era una sociedad tan hostil o peligrosa como lo es la de hoy. Digamos que las enseñanzas aprendidas en la familia y los conocimientos adquiridos en la sociedad, en la calle, no iban exactamente en direcciones opuestas, eran complementarios; diferentes, pero compatibles. Todo ello se veía complementado con los aprendizajes realizados en el ámbito escolar y, de este modo, familia, escuela y sociedad caminaban en la misma dirección. Cada una contribuía al desarrollo personal del ser humano en unos aspectos distintos pero coherentes, no contradictorios.

Las normas y los límites se aprendían básicamente en la familia, sobre todo en aquello tocante a las relaciones personales más íntimas y cercanas del individuo. Las normas y los límites en lo social se aprendían tanto en la familia como en la calle, en esos juegos multitudinarios con los chicos del barrio, en esa libertad condicionada que teníamos para salir y entrar de casa, sabiendo que lo que hiciéramos fuera tendría consecuencias dentro de casa. Por último, la escuela contribuía a la formación integral de la persona, dotándola de conocimientos académicos, cultura, saberes teóricos en gran parte, a los que no se podía acceder desde otras instancias. Y este papel de la escuela era incuestionable y muy respetable.

Los profesores estaban en posesión del conocimiento y por lo tanto de la **autoridad**, tanto moral como social, y también del **poder,** entendido éste como la capacidad de influir en el otro, en el alumnado en este caso. El profesor entraba en el aula envuelto en un aura de autoridad que le venía dada de antemano desde la familia y desde la sociedad, y esta autoridad era incuestionable. Ése era su rol; nadie lo discutía ni lo dudaba. El alumno, los padres y la sociedad lo aceptaban y lo reforzaban y, en ese contexto, se desarrollaba su tarea docente: enseñar lengua, historia,

matemáticas o filosofía, para que sus alumnos tuvieran unos conocimientos que les permitieran moverse en la sociedad y en la familia con rectitud, coherencia, soltura y sentido crítico.

Actualmente la familia no cubre todas las necesidades formativas del individuo en lo moral, en lo ético. Padres muy ocupados, niños bastante solos y a veces también muy ocupados, cuyas agendas de actividades escolares, pero sobre todo extraescolares, asustan; abuelos que ejercen de padres con horario pero sin sueldo, con sus recursos y sus bagajes personales y que caen en síndromes de estrés a destiempo; gran número de familias con un nivel de desestructuración importante; en definitiva, muchos padres que no son conscientes de que educar no es un camino de rosas ni de cuál es su verdadera responsabilidad para con sus hijos; la consecuencia, muchos hijos solos, sin límites y condenados a una perpetua frustración. Saber decir *no* a un hijo en un momento dado es todo un logro para muchos padres excesivamente permisivos y demasiado ocupados para pelear al final del día con niños rebeldes y con ganas de llamar la atención, que piden a gritos el establecimiento de esos tan comentados límites.

Por otra parte y **como resultado de esto**, la escuela es quien asume la tarea formativa que antaño correspondía al entorno familiar. Enseñar habilidades sociales, responsabilidad, respeto, autocontrol, fuerza de voluntad, asertividad e incluso modales, se ha convertido en una importante parte de las actividades educativas llevadas a cabo en el ámbito escolar, cosa que no está mal pero que difícilmente podemos desarrollar con éxito sin el apoyo de las familias y de la sociedad en general. En muchas ocasiones el profesor siente que *predica* una serie de principios que van contracorriente desde el punto de vista social y familiar; se intenta inculcar unos patrones de comportamiento muy difíciles de poner en práctica a partir del momento que los alumnos salen del centro educativo enfrentándose a realidades a veces muy complicadas. Además, en ocasiones, la escuela, sobre todo la escuela pública, desempeña funciones de inserción y de integración social de alumnado con dificultades, en circunstancias muy difíciles y en solitario, es decir, sin el apoyo de las instituciones municipales o autonómicas.

En conclusión, la educación es una tarea difícil y sacrificada que no puede ser dejada en manos únicamente de la escuela. La familia tiene que desempeñar su función principal con sensatez en una sociedad compleja y diversa como la nuestra: formar ciudadanos responsables, futuros padres y madres, futuros profesionales competentes con capacidad para enfrentarse a los retos que les plantee la vida con posibilidades de éxito. La escuela y las instituciones sociales han de caminar en ese sentido, potenciando una serie de valores asociados a nuestros sistemas políticos tales como la democracia, la igualdad y la solidaridad, preparando a nuestros adolescentes adecuadamente para su pleno desarrollo y ofreciendo posibilidades de progreso reales. Sólo de modo conjunto conseguiremos ir superando esa crisis de valores y proponiendo referentes sociales más positivos que incentiven y valoren la importancia de una buena formación humana y académica.